



TEXTO PREPARADO PREVIAMENTE PARA LECTURA

Presentación de Luis Alberto Moreno

Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo

“Un laberinto con salida: Seguridad Ciudadana en América Latina y el Caribe”

Montevideo, 19 de marzo del 2012

Últimamente cuando viajo por la región, me encuentro con un tema que aparece en casi todas las conversaciones.

La gente está preocupada por el aumento en la inseguridad. Desde Ciudad de México hasta Buenos Aires, todo el mundo quiere saber cómo hacerle frente a este problema, y cuáles son las estrategias de seguridad que están produciendo resultados.

En el BID, sentimos la urgencia de poder ayudar.

Porque la verdad es que en América Latina y el Caribe vivimos una gran paradoja. Durante la “Década Perdida” de los años 80, cuando la crisis de la deuda dejó postradas a muchas de nuestras economías, los problemas del crimen y la violencia eran comparativamente menos graves.

Desde entonces, nuestras sociedades han protagonizado logros históricos en materia de gobernabilidad y gestión económica. Fuimos capaces de duplicar el ingreso por persona. Terminamos con la hiperinflación. Y registramos una importante reducción en la pobreza. Hoy América Latina es una región en auge, con democracias estables y una creciente clase media.

Pero durante este mismo período, muchos de nuestros países también han sufrido un fuerte deterioro en la seguridad. Un deterioro que pone en peligro la sostenibilidad de gran parte de lo que hemos logrado.

¿Cómo puede ser que, en un momento tan lleno de promesa, nos estemos tropezando con un problema que parece irremediable?

Hoy no pretendo ofrecerles una explicación para esta paradoja. Sin embargo quiero destacar dos elementos claves para entender la realidad actual. Y luego quiero

explicarles por qué en el BID estamos convencidos que nuestras sociedades tienen la capacidad de recuperar un ambiente de seguridad y convivencia ciudadana.

Primero, el crecimiento económico y las transformaciones sociales han sido mucho más rápidos que el ritmo de ajuste de las instituciones de justicia y seguridad. En nuestra región las democracias vibrantes, las nuevas tecnologías y la movilidad social conviven con procesos judiciales arcaicos, registros manuales, y cuerpos policiales con bajos niveles de profesionalización.

Muchos de nuestros tribunales, nuestras fuerzas de seguridad y nuestras cárceles están simplemente desbordados. La situación penitenciaria, con pocas excepciones, es alarmante. El terrible incendio ocurrido el mes pasado en Honduras, enfocó la atención del mundo en una crisis penitenciaria que existe en casi todos los países de la región.

Por otra parte, el crecimiento del narcotráfico ha introducido nuevas dinámicas del crimen. Más complejas. Más violentas. Y más letales. En los peores casos, la corrosiva influencia del narcotráfico ha penetrado el seno de las mismas instituciones encargadas de combatirlo.

Lo que también es evidente para mí, como presidente del BID, y para todos los ciudadanos de la Región, es que la inseguridad es una amenaza frontal al desarrollo humano y económico.

Comparemos el impacto de la inseguridad con otros riesgos que enfrentan nuestras sociedades.

Si hoy es un día típico, en América Latina y el Caribe morirán unas 27 personas por infección con el Mal de Chagas.

Aproximadamente 32 mujeres perderán la vida por complicaciones del parto.

Unas 156 personas fallecerán por enfermedades relacionadas al SIDA.

Pero ninguno de esos riesgos se aproxima al de una muerte violenta. Cada día en América Latina y el Caribe 350 personas son asesinadas.

Seis de los 10 países con las peores tasas de homicidios del mundo, se encuentran en nuestra región.

De hecho, aunque América Latina y el Caribe representan apenas el 8% de la población mundial, en nuestra región ocurren casi un tercio de todos los homicidios registrados en el planeta.

Además, las víctimas de esta violencia son mayoritariamente jóvenes: el futuro de nuestra región. Como se puede ver en este gráfico, el 41% de todos los asesinados en

el 2010 tenían entre 20 y 34 años de edad.

Y no se trata solo de homicidios. La frecuencia de delitos como el hurto, el secuestro, y la extorsión, hacen que la percepción de inseguridad también esté empeorando.

Según las encuestas de Latinobarómetro, el desempleo durante mucho tiempo fue la preocupación número uno en la región. Pero en el 2007 la inseguridad pasó al primer puesto, y lo sigue ocupando en casi todos nuestros países.

Por si la tragedia humana no fuera suficiente, la inseguridad también impone un terrible costo económico. Si se incluyen variables como la pérdida de productividad y turismo, junto con los gastos en atención médica, justicia y prevención, la inseguridad puede reducir el producto bruto de algunos países por más de 7%.

Paralelamente, el desbordamiento de los servicios públicos de seguridad ha llevado crecimiento desmedido de las alternativas privadas. Hoy se estima que en América Latina y el Caribe, para cada 100 policías, hay por lo menos 110 personas que trabajan en la industria de la seguridad privada. Como esta opción sólo está al alcance de los sectores de mayores ingresos, la inseguridad golpea desproporcionalmente a los pobres.

Todo esto genera una profunda sensación de impotencia y desesperación.

¿Qué puede hacer un banco de desarrollo ante un problema de esta magnitud?

En el BID, nos empezamos a preguntar esto en los años 90, cuando varios gobiernos nos pidieron, por primera vez, ayuda en temas de seguridad.

Naturalmente, no nos corresponde participar en aspectos de la seguridad que no están dentro de la misión económica y social de un banco de desarrollo.

Pero sí existen algunos desafíos específicos donde el BID tiene mucha experiencia y donde podemos aportar valor agregado. Me refiero a la prevención, la capacitación y el fortalecimiento institucional.

Es por eso que apoyamos a Medellín, por ejemplo, en una estrategia integral que combinó mejoras en seguridad con inversiones de infraestructura y proyectos sociales. En 1991, Medellín era la capital mundial del homicidio, con una tasa de 381 asesinatos por cada 100.000 habitantes. La ciudad era un campo de batalla de grupos narcotraficantes. Pero gracias a esta estrategia, sostenida por varias administraciones públicas, Medellín ha bajado la tasa de homicidios a 80. Una reducción del 77%.

Aquí en Uruguay el BID realizó su primer préstamo en seguridad ciudadana. Ayudamos a financiar un observatorio de crimen con sistemas de información modernos que aumentaron la eficacia en la prevención del delito.

En Ecuador, Chile y Colombia, el BID está apoyando proyectos de capacitación para que los cuerpos policiales sean cada vez más profesionales y transparentes, y para fortalecer la investigación y el monitoreo del crimen.

En total, durante los últimos 15 años aprobamos más de \$300 millones de dólares para 12 programas y múltiples cooperaciones técnicas en seguridad ciudadana.

Hoy, en respuesta a la demanda de nuestros gobiernos, estamos preparando 9 proyectos en 7 países adicionales por un valor potencial de \$328 millones de dólares. Es decir que en apenas un año podríamos aprobar más de lo que hicimos en los últimos 15.

Esta experiencia nos da la singular capacidad de entender y evaluar los retos que los gobiernos enfrentan para abordar la violencia. Y también nos ha permitido aprender cómo algunas ciudades en nuestra región están encontrando un camino para salir de este laberinto.

Hoy en el BID estamos convencidos que los países de América Latina y el Caribe son capaces de concebir y llevar a cabo estrategias efectivas de prevención del crimen.

Este hecho nos debe llenar de esperanza. Y nos debe motivar a conocer y aplicar los elementos esenciales de las experiencias exitosas.

No estoy hablando de soluciones de cajón. Lo que funciona en Los Ángeles difícilmente dará resultado en Tegucigalpa. En seguridad, las políticas exitosas se hacen a la medida, partiendo de un conocimiento íntimo de cada país, cada ciudad, incluso cada barrio.

Pero en todas las experiencias exitosas, en la demanda reciente de nuestros gobiernos, y en el análisis de los expertos, aparecen tres temas recurrentes y fundamentales.

Primero, la información.

Suena extraño, pero en muchos de nuestros países la seguridad es un tema que se maneja a oscuras. No tenemos información centralizada sobre dónde ocurre el crimen. A qué hora y bajo qué condiciones. No tenemos inteligencia sobre las redes criminales, sus fuentes de armas y dinero, o sus movimientos dentro y fuera del país.

En Colombia, a principios de los años 90 se llegó a la conclusión de que era imposible avanzar sin buena información. Quiero mostrarles un breve video sobre una iniciativa en Bogotá que ha revolucionado la prevención de la violencia...

Quiero agregar que en el BID estamos financiando la creación de observatorios del crimen similares al de Bogotá en 24 otras ciudades a lo largo de la región.

El segundo ingrediente indispensable es la gestión de la seguridad.

Los grandes avances en seguridad no se lograron solo porque se aumentó un presupuesto o el número de policías en la calle. Ocurrieron porque se aplicó un nuevo modelo para la gestión profesionalizada de la seguridad. Se trata de un modelo integral que introduce una nueva relación de la policía con la comunidad. Pero que además aplica un conjunto de medidas sociales, educativas y urbanísticas que generan un ciclo virtuoso de transformación.

Veamos la experiencia de Diadema, una ciudad satélite de Sao Paulo...

El tercer ingrediente del éxito es la cooperación para el conocimiento.

Durante mucho tiempo, el trabajo en seguridad los hacíamos a espaldas de nuestros países vecinos. Sabíamos poco o nada de lo que había funcionado en otros contextos. Pero eso ha empezado a cambiar.

El carácter multisectorial y dinámico de este desafío exige aprender, investigar y evaluar de manera coordinada. Por esa razón el BID colabora con instituciones líderes en la investigación en este tema, como la OEA y las agencias especializadas de la ONU, entre otras.

Un buen ejemplo de aprendizaje regional lo tenemos en Panamá, que cuando decidió reformar su sistema penitenciario para jóvenes infractores, primero salió a estudiar las mejores experiencias de otros países en el tema. Veamos...

Información. Gestión integral. Cooperación para el aprendizaje.

Quiero asegurarles que sin estos ingredientes, no vamos a salir adelante.

Es por eso que el BID ha decidido complementar su cartera de préstamos y cooperación técnica en seguridad, con un fondo especial para ayudar a nuestros países miembros en estas tres dimensiones.

Estaremos ofreciendo donaciones a gobiernos que necesitan acceso inmediato a los mejores expertos internacionales en el tema. Los recursos también financiarán el apoyo técnico necesario para diseñar estrategias de categoría mundial, respaldadas en

sistemas de gestión, evaluación e información adecuados.

Los recursos de este fondo servirán para enriquecer el conjunto de programas y préstamos que el Banco está preparando en seguridad ciudadana. Lo hemos creado en respuesta a una demanda muy puntual de nuestros gobiernos. Será una herramienta flexible que les dé acceso a los mejores expertos internacionales, y que sirva para catalizar nuevas soluciones y mejores proyectos.

Hoy quiero invitar a nuestros países miembros a que aprovechen todos los recursos, el asesoramiento y la experiencia del BID para potenciar lo que están haciendo en seguridad.

Reducir el crimen y mejorar la justicia es una tarea ardua pero impostergable.

Estoy seguro que cada uno de ustedes comparte mi convicción de que podemos hacerlo. Esa esperanza está escrita en los rostros de nuestra gente. Lo he visto aquí, en las calles de Montevideo. Pero también en Ciudad Juárez, en Tegucigalpa, en Kingston, en Río y en Asunción.

Expresiones de optimismo. De aliento. Y de solidaridad.

Tenemos que convocar y luchar con la mayoría de la población. La honesta. La que trabaja duro. La que quiere volver a salir a la calle sin miedo.

Esa es América Latina y el Caribe.

Muchas gracias.